



Rentería. «Txoko» de la Plaza de los Fueros, con la sidrería de Adarraga por fondo, 1903.

PLAZA DE LOS FUEROS

V. Cobreros Uranga

Si recordar es vivir dos veces, los viejos debemos de tener muchas más vidas que las siete clásicas de los gatos. ¿A quién no gusta evocar tiempos idos, ante una foto que surge inesperadamente entre amarillentos papeles, retrotrayéndonos a los primeros años del siglo y, además, en función a un «txoko» renteriano, escenario de tantas correrías infantiles, como la Plaza de los Fueros?

¡Plaza de los Fueros!, con las dos paralelas «petri-llak» enmarcando su ámbito, reminiscencia del juego de pelota a lo largo, que antaño fue. Y el mercado de verduras, ocupando una tercera parte de ella, que conocimos en su primera versión: sostenida su techumbre

de cinc por airoas columnas de hierro, con sólo una pared, al norte, y dos medias paredes, a levante y poniente; teniendo el techo hueco por el centro, sobre la pescadería, que, pese a ello, atufaba todo, siempre a marea baja.

¡Plaza de los Fueros!, donde se corrían embolados por «las Magdalenas», cercada con barreras, y en la que el «Thigre» de Jaizkibel—colorado, ojo de perdiz—, revalidado, sin duda, en latines por la Universidad de Salamanca, al que le «olía» un año, le guardaba implacable recuerdo de prestamista, para darle el primer revolcón al año siguiente, si osaba saltar al ruedo—cuadrado—de las improvisadas arenas.

¡Plaza de los Fueros!, en la que los «comediantes» representaban sus funciones circenses, en las noches de verano, a los guiños de blanca luz de acetileno; y que, una vez, el director de la «troupe» fue a hablar con los padres de nuestro camarada Erramún Xapirain, «ariñ» como un grumete, para que le dejaran ir con ellos, bajo la promesa de hacer de él un gran volatinero. ¡Con qué envidia te consideramos desde entonces, pese a la negativa de los tuyos, querido Erramún!

¡Plaza de los Fueros!, que se convertía en «restaurante campestre» los estivales atardeceres, aprovechando las «petrillak» como mesas de las sidrerías de un lado y otro de la plaza, con la fonda de Elizechea al frente, que servía las «kaxuelas», cuyas sibaríticas «xaltxas» nos regurgitaban mil jugos del estómago a los peques, que, con o sin disimulo, merodeábamos al husmeo por allí.

¡Plaza de los Fueros!, antes del Arrabal. Yo recuerdo aquel día en que te bautizaron, ¡y con cuánta prosopopeya!, dándote el patronímico foral, al descorrer la tela que ocultaba la placa, en la que figuraban, con tu nuevo nombre, las cuatro verdes hojitas simbólicas del Arbol de Guernica.

Rentería. Vista de la Plaza de los Fueros, 1903.



Una tarde agosteña, a prima hora, y por lo tanto de escasa concurrencia infantil en la plaza, he aquí que un pelotón de soldados de caballería, de los que acompañaban a la familia real en su veraneo donostiarra y que de vez en cuando solían sacar los caballos a pasear carretera adelante, cae, como bandada de langostas sedientas—en el supuesto de que puedan serlo las langostas—en la sidrería de Adarra. Y he aquí—también—que por asociación de ideas, por mimetismo, uno de los peques va a su casa a por una corneta, que alguien le había regalado, y a su aire, ya de vuelta en la plaza, toca a generala, lo que promueve alegre sorpresa entre los descabalgados jinetes, quienes, aplacada su sed de verderrubia sidra—¡oh tiempos pasados, alguna vez mejores que los presentes!—, obedecen al cornetilla, montan en su caballos y se largan haciendo adiós, tras su saludo militar.

La anécdota quedó fijada en la foto que, aparte de lo evocador del recuerdo para quienes lo vivieron, posee el testimonio de un rincón renteriano de setenta y dos años atrás.

La sidrería de Adarra—el alpargatero de la calle del Medio—estaba en los bajos de la llamada Fonda de los Pobres, regentada por la familia Jiménez. La fachada del caserón compartía con su vecina, perteneciente a una casa deshabitada, un magnífico escudo de armas, tallado en piedra, en el que puede leerse aún: «SON DE ECHEVERRÍA Y DE TELLERÍA». A la izquierda, en otro edificio, estaba la linternaría de Echezagusia, recién trasladada de la calle Magdalena. A la derecha de la sidrería había un amplio local, siempre cerrado, que utilizaban de almacén los confiteros Jáuregui, de la calle Magdalena también. En la planta baja de la casa siguiente, ocupada toda ella por el pelotari Melchor Guruceaga y su familia, llegué a conocer un antiguo telar familiar, el último—si es que hubo alguno más—de Rentería. Luego venía la del «thunthunero» Ansorena, con su zapatería en el bajo. Y, a continuación, la casa del facultativo don Tomás Vallejo, «barberua», con el alegre obrador de modistas; a la que seguía, en el siguiente edificio, la tienda de quincalla del repostero Mendarte, de la calle Carretera—después de Viteri—, con cierta vitola entonces de comercio de la capital...

No es cosa de hacer el censo de los edificios de tan sugerente rincón de la Plaza de los Fueros, ni de sus simpáticos moradores, padres y familiares de toda la *harca* de peques que «animábamos» con nuestras ingenuas cuanto bullangueras mataperradas el encalmado sosiego de un Rentería sin humos ni ruidos. Este «txoko» renteriano conservaba en aquellos tiempos un cierto aspecto marineru, que debió de tener, sin duda, mucho más acusado, algunas décadas antes. Un hecho lo confirma: todas esas casas poseen sus entradas por la calle Sancho-enea. Las fachadas del lado de la plaza, daban antaño a la bahía, ensenada, puerto o lo que quedaba de tales en el fiord renteriano del Oarso, que se fue rellenando y convirtiéndose poco a poco en marisma, para terminar en juego de pelota a lo largo, con sus pintorescas «petrillak» y todo, testigos impasibles—y, a veces cómplices—de nuestras alegres travesuras de chicos.